

Quadern de Primavera - Estiu

JUNY 2006

Per Àfrica Viva els mesos d'hivern i primavera no han estat pas mesos d'hivernació, silenci i calma. Ha estat un temps dedicat a sembrar petites llavors aquí Catalunya que esperem donin els seus fruits a Burkina Faso. Amb xerrades, exposicions, fires de comerç solidari, mostra d'entitats hem intentat que més gent conegui i participi en els nostre projecte.

L'Estació seca, més seca que mai

Quan l'anterior estació de les pluges arribava al seu final, la sensació ja era pessimista. La gent comentava de forma generalitzada: "aquest any ha plogut massa poc". Algunes ONG anunciaven que la zona del Sahel (Mali, Burkina o Níger) podia patir un any de sequera molt greu.

Aquestes són les darreres fotografies que ens ha enviat en Florant de la seva última visita al departament de Ouessa a finals del mes d'abril. La situació era crítica.

La manca de pluges ha fet que aquest any els pous s'assequessin massa ràpid i que els horts que altres anys, són un oasis verd dins el paisatge marronós de Ouessa, tinguessin aquests aspecte tan trist.

Pero això no és el més greu si no que les dones no han pogut conrear els camps, no n'han pogut treure els fruits esperats i per tant se n'ha ressentit primer l'alimentació de la família i després l'economia familiar. Les dones han estat dia i nit als pous fent torns per tal d'aprofitar fins a la darrera gota d'aigua, però tot i així les imatges d'en Florant no necessiten explicacions per entendre la situació.

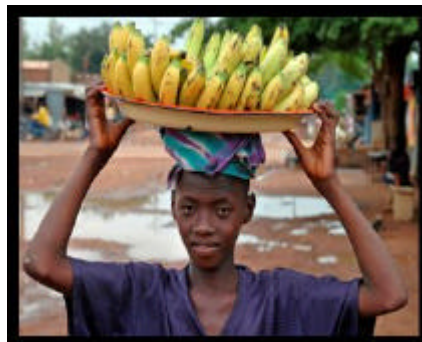
Ara que ja comença una nova estació de pluges, esperem que la situació millori i que els pous es recuperin. Ens agradaria que els que viatgen aquest estiu a Ouessa, ens expliquin com estan les hortes a la tornada i si han tingut la sort de mullar-se molt!!.



Un petit gran gest

Després de les festes de Nadal, Àfrica Viva va rebre una trucada que recordarem tota la vida i que és per a tots una gran lliçó.

La MARINA volia celebrar el seu aniversari amb tots els seus amics, però després de tots els regals de Reis i Nadal no volia cap més present, per ella lo important era la festa i compartir amb els amics una bona estona. Aleshores va tenir una gran idea. Amb la seva mare va entrar a Internet va visitar webs de diferents ONGs i entitats i va triar una: Àfrica Viva. Després va demanar a tots els seus convidats que els diners dels seus regals els guardessin en una guardiola per enviar-los a Àfrica, d'aquesta manera compartiria una mica de l'alegria del seu aniversari amb altres nens que viuen molt lluny.



Una exposició viatgera



Des que es va estrenar a Gironella el mes d'octubre, l'exposició Àfrica Viva no ha parat mai quieta. De Gironella va anar a escoles de Sant Cugat i Terrassa on van aprofitar per fer moltes activitats sobre l'Àfrica. Després va passar pel Prat de Llobregat i ara està exposada al Centre Cívic de Sant Vicens de Montalt.

Us recordem que l'exposició es a disposició de tots el que trobeu un espai per fer-ne difusió.

Un viatge solidari, una reflexió oportuna

Al Nadal, Africa Viva va organitzar un viatge solidari a Burkina. Va ser una estada breu però intensa per conèixer el país, la gent, els costums i per descomptat els nostres projectes a Ougadougou i Ouessa.

Després del viatge els van convidar a escriure i reflexionar sobre les seves experiències. L'Elena ens va enviar aquesta reflexió que volem compartir:

LOS LÍMITES DEL HUMANITARISMO

“Tenéis la ventaja de ser hombres, y creo a veces, desde el fondo de mi cansancio de todos los abismos, que más vale la calma y la paz de una noche de la familia junto al hogar que toda esta metafísica de los misterios a que nosotros, los dioses y los ángeles, estamos condenados por sustancia”. (Fernando Pessoa, La Hora del Diablo)

Escuché a Rony Brauman, fundador y presidente de Médicos sin Fronteras, hablar de la omnipotencia del Humanitarismo. Brauman, en una reflexión crítica poco usual en y sobre el terreno de la acción humanitaria, alertaba contra la demagogia victimaria que se activa ante cualquier situación de crisis, fruto de esa mirada post-colonial con la que Occidente sigue contemplando al resto del mundo. “La omnipotencia de creer que en un campo de refugiados de Ruanda se pueden borrar las diferencias de la

sociedad ruandesa en nombre de las emergencias fisiológicas de los individuos sin contemplar que, con ello, nos hacemos en parte cómplices de los aparatos criminales (...) O que podemos y debemos reconstruir por otros cualquier país, sea Tailandia o Irak”.

Médicos sin Frontera fue la única ONG en abandonar los campos de refugiados de Ruanda en los que los verdugos del genocidio de 1994 adquirieron el mismo estatus que sus víctimas; también fue una de las pocas que paralizó las donaciones de sus socios destinadas a Tailandia tras el Tsunami del 2004. Las necesidades urgentes tras los primeros días del Tsunami, recuerda Brauman, eran muy limitadas. Gran parte del dispositivo de emergencia ya había sido puesto en marcha por la propia población o por poblaciones vecinas como Sri Lanka. “Los muertos ya estaban muertos y, los vivos, seguían adelante y volvían a levantar sus casas. Pero creamos un decorado de socorro con falsos heridos, falsos damnificados privados de recursos y de iniciativa para justificar una actuación humanitaria que quizás no es fuera necesaria. Tenemos tendencia a pensar que los lugares donde suceden catástrofes naturales o crisis humanitarias son solares por los que deambula gente y no países con su propia organización, recursos, estructuras e infraestructuras. Como si esos lugares fueran el territorio de la infancia del mundo, niños a los que tenemos que vestir, alimentar, cuidar y llevar de la mano”.

Cree Brauman, y yo también después de mi viaje a Burkina Faso el pasado diciembre que, a veces, los más necesitados somos nosotros. Necesitados de sentirnos los enviados para salvar el mundo, dioses o ángeles movidos por la piedad, la compasión, la culpabilidad, dilapidando en una supuesta ayuda humanitaria, que muchas veces ni siquiera nadie nos ha pedido –pienso en la invasión norteamericana de Irak–, toda suerte de medios y recursos. Se pregunta Brauman ¿Dónde está el límite de la ayuda humanitaria? Hasta dónde la ONU o las ONG pueden y deben hacerse responsables del destino de los ruandeses, tomar decisiones por la población de Puket o de Bagdad.

Tras lograr la cesión de un puñado de tierras a las mujeres del departamento de Ouessa, una región al sur de Burkina Faso, para que las cultiven y perforar pozos de los que extraer el agua ¿qué más puede hacerse por ellas, qué más debe hacerse? Las mujeres piden ahora regadoras y productos químicos para eliminar las plagas. Florent Koudoro, responsable del desarrollo de los proyectos de la organización África Viva en Burkina Faso, nos dio la respuesta al pie del pozo de uno de los “jardins des femmes” de Ouessa. “Pedís regadoras cuando apenas habéis sacado un tomate de vuestra huerta –les dijo a las cultivadoras–. Vuestras vecinas tienen regadoras, decís, pero ellas las han comprado con los beneficios de su cosecha. Sacar adelante este campo es ahora vuestro trabajo”. La lucha contra “la cultura del pedir” es, para hombres como Florent Koudoro, tan importante como combatir la hambruna o la sequía.

En esa charla junto al pozo, Florent también recordó a esas mujeres que los métodos naturales empleados en su cultura desde tiempos inmemoriales para luchar contra el pulgón o la chinchilla son igual o más efectivos que los pesticidas químicos. La lucha biológica contra las plagas es una técnica agrícola que países tan avanzados como Alemania o Israel están promoviendo ahora para que ni la tierra ni nosotros tengamos que seguir envenenándonos con productos tóxicos. Conservar esa y otras buenas costumbres agrícolas, como seguir fieles a sus semillas, que se reproducen naturalmente sin tener que comprarlas tras cada cosecha como sucede con las transgénicas, puede que mantenga a estas mujeres a salvo del cepo mortal de las multinacionales petroquímicas o biotecnológicas. Confiar más en sus propios medios y capacidad de trabajo y menos en la ayuda humanitaria o en los fondos estructurales

quizás las ponga a salvo del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, cuya política es hacer más pobres a los pobres. Inventar su propio destino sin exportar destinos ajenos a lo mejor les permite crecer y desarrollarse sin necesidad de destruir esa hermosa red humana tejida generación tras generación en las familias, en las aldeas, en los mercados.

Me consta que se han realizado estudios para averiguar el nivel de satisfacción que sienten los habitantes de zonas del planeta con el PIB tan dispar como Suecia o Nigeria respecto de su calidad de vida. Y, sorprendentemente o no, los que menos tienen están más satisfechos con lo que son que los que nadan en la abundancia. Y no es sólo una impresión mía, sino la conclusión de esos estudios: es esa red humana la que atenúa los duros golpes de la enfermedad y del hambre. Es esa red la que, lejos de los suyos y en unas fechas tan sensibles como las navideñas, hace sentir al extranjero como en casa o mejor. En nuestra casa el progreso, conducido por la competitividad, el individualismo y el materialismo, nos ha privado de la energía vital del calor humano. Y, en soledad, nos ahogamos en un vaso de agua. Sin red, todo salto se hace en el vacío con una angustiante sensación de muerte. Ni siquiera el más implacable de los dioses, el más diabólico de los ángeles desearía para el prójimo esa misma suerte. Es posible que exista un mundo mejor; mejor, incluso, que el mejor de los mundos que pueda imaginarse el humanitarismo. La posibilidad de ser para esos otros mundos posibles no es una gracia que le sea dado conceder a nadie sino un derecho inalienable de los individuos y los pueblos.

Helena Miguéiz Estrach Periodista free-lance
Especializada en periodismo social y cultural
Colaboradora de revistas como Integral o Woman